

SABER PARA LA VIDA

Seudónimo: Ángel Leal

Se había levantado temprano, como habitualmente. Tenía su primera clase a las 8.30, y solía entrar en el aula cuando aún estaba vacía y comenzaban a llegar los primeros estudiantes, que venían de los pueblos cercanos.

Durante el trayecto a la Facultad apenas prestó atención al hermoso entorno del río, que le acompañaba en su recorrido, como el río heraclitiano que nos recuerda que todo cambia, todo fluye en transformación constante. Nada permanece. En el fondo de su mente resonaban las palabras del Director General de la OMS, que ayer había anunciado con tono grave la magnitud de la Pandemia y la incomprensible inacción ante ella.

Hoy impartiría su clase y después vería al Decano, para considerar su posible jubilación. Su edad y sus muchos años de servicio hacían aconsejable poner punto final, en estos críticos momentos, a su vida académica.

El Decano, que había sido alumno suyo hacía ya muchas décadas, y le profesaba un especial afecto, le animó a que -ya que era posible- esperara unos años a la jubilación forzosa, por el bien que -le constaba- hacían sus clases a los estudiantes. “Sin embargo -añadió- deja ya de asistir a clase. Creo que mañana mismo o pasado van a decretar el estado de alarma y se suspenderán las clases presenciales. No es necesario que corras ese riesgo”.

El profesor, que no recordaba haber faltado un solo día a su cita con los alumnos en sus más de cuarenta años de servicio, decidió ofrecer una lección muy especial aquel viernes 13 de marzo. No era supersticioso, aunque sabía que, en la mayor parte de las culturas occidentales, se consideran estos días como propicios a la mala suerte, y que incluso la aversión patológica a esa fecha tiene un curioso nombre clínico: *parascevedecatriafobia*.

Tenía un extraño presentimiento, y el día anterior había vuelto a leer *La última lección de Randy Pausch*. Pensó que también la suya de mañana podría ser su última lección.

El viernes vinieron menos alumnos a la clase, pero los que habían acudido estaban especialmente receptivos. En las pocas semanas que llevaban de este segundo semestre había conseguido “engancharlos” con la única asignatura que tenía un nombre propio en el plan de estudios: Cervantes.

Volvió a recordarles la reflexión de Javier Gomá con la que inició el curso allá por febrero: “España sería mejor, más cívica, más urbana, más humana, si se asemejase más a Cervantes, si imitara más su ejemplo, si fuera más cervantina. Y el resto del mundo también”. Y les insistió en que, en los tiempos duros que se avecinaban, siempre encontrarían una orientación iluminadora en el mayor escritor de todos los tiempos, del que decía Dostoievsky que su obra justificaba, por sí sola, la existencia y el sentido de la humanidad.

Puso especial énfasis en algunos de los mensajes más importantes de don Miguel: “Los males que no tienen fuerza para acabar la vida, no la han de tener para acabar la paciencia”. Pero, sobre todo, les recordó que siempre debíamos mantener una ventana

abierta a la esperanza: “Sábetete, Sancho, que no es un hombre más que otro, si no hace más que otro. Todas estas borrascas que nos suceden son señales de que presto ha de serenar el tiempo y han de sucedernos bien las cosas, porque no es posible que el mal ni el bien sean durables, y de aquí se sigue que, habiendo durado mucho el mal, el bien está ya cerca”.

Terminó aquella lección tan especial recordándoles que el conocimiento alcanza su plenitud cuando se pone a servicio de la vida y se transforma en sabiduría. Les animó a afrontar con dignidad y resiliencia (según decimos ahora) todas las adversidades, como Cervantes, que tres días antes de su muerte, y con plena conciencia de ello, dijo una de las frases más hermosas que se hayan escrito nunca: “El tiempo es breve, las ansias crecen, las esperanzas menguan, y, con todo esto, llevo la vida sobre el deseo que tengo de vivir”.

El profesor también sentía, más que nunca, el deseo de vivir. Para ello -solía insistir- “hay que aceptar que vamos a morir y no tener miedo a la muerte”. Cuando finalizó la clase, tras decirles que no sabía cuándo se volverían a ver, aceptó los abrazos y apretones de manos que algunas alumnas y alumnos emocionados le dieron con gratitud. Nunca habían asistido a una clase tan llena de verdad, de bondad y de belleza.

Durante el regreso a casa se sintió triste. Pero también satisfecho por el deber cumplido. Y recordó -en su amor por las etimologías, que nos revelan la profundidad de las palabras- que había tenido la inmensa suerte de convertir su vocación (pues verdaderamente había sentido la llamada a compartir el conocimiento y el saber) en profesión (profesando con toda intensidad una labor llamada a cambiar las mentes, los pensamientos y los sentimientos de los alumnos). Contrario a las jerarquías educativas, prefería siempre la humilde palabra maestro (*magister*, de *magis*, más) para designar un trabajo gustoso -decía- que no solo debe contribuir a que los demás puedan saber más sino -y sobre todo- hacer más y mejor, ser más.

En los días siguientes se sintió mal: fiebre, dolor de garganta, dificultades respiratorias... Tuvo suerte de que, en los momentos iniciales de extensión de la Pandemia aún no se habían saturado las camas de UCI en los hospitales, y fue atendido con plena competencia y afecto por excelentes profesionales. Sin embargo, nada pudo impedir que su estado se agravara y que, tras varias semanas intubado y en coma inducido, falleciera.

Tuvo que ser incinerado -como era su voluntad- casi sin más presencia que sus más próximos familiares. Hizo un buen mutis, que como decía Antonio Machado, no debe hacerse aplaudir.

Cuando se extendió la noticia de su muerte algunos comentaron, a través de las redes sociales, que por poco no había muerto el 23 de abril, como a él le hubiera gustado. Pero quienes se habían formado desde el extraordinario impulso de su sabiduría corrigieron de inmediato: murió, en efecto, el mismo día que Miguel de Cervantes, el 22 de abril.

Dicen que en el bolsillo de la chaqueta con la que fue ingresado encontró su esposa un pequeño papel, escrito a lápiz, con las últimas palabras de Cervantes: “¡Adiós, gracias; adiós, donaires; adiós, regocijados amigos; que yo me voy muriendo, y deseando veros presto contentos en la otra vida!”.